

SE acabó ya este primer festival de la nueva era veneciana. Muchos errores de organización, mucha confusión en bastantes proyecciones, pero, a cambio, el entusiasmo de quienes están dispuestos a resucitar un festival famoso en su tiempo. El próximo año se habrán corregido esos errores y el festival —muy probablemente— tendrá de nuevo sus "leones" de oro y plata para premiar las "mejores" películas. No es difícil esa previsión cuando se ha visto a lo largo de los quince días festivaleros un continuo intento de promocionarlos. Incluso en el boletín oficial de la Mostra se realizó una encuesta sobre el tema, preguntando de camino qué películas hubieran sido este año las acreedoras de dichos "leones".

Tampoco es difícil la previsión de que "La luna", de Bertolucci, no hubiera entrado en esos premios. (Perdone el lector mi entusiasmo personal por esta obra maestra. No es corriente encontrarse en el cotidiano cine de nuestros pecados con películas que reflejen una lucida capacidad de inventiva y cambio; películas que correspondan al mundo de la Cultura —con indiscutibles mayúsculas—. La precipitada crónica de la pasada semana intentaba reflejar mi apasionamiento. "Soy consciente de que 'La luna' es intraducible a palabras". Las torpes que redacté fueron posteriormente confundidas aún más por los "télex" italianos (1).

(1) Entre las muchas erratas filtradas por ese mecanismo infernal, se destrozó una frase que quedaba auténticamente sin sentido tal como apareció publicada. Decla en la página 41, tercer párrafo, de nuestro número anterior: "... hasta que el hijo consigue unir de nuevo a sus padres. Operístico y mentiroso del que antes hablábamos, para comenzar, a partir de esa mentira asumida, una posible vida, quizá para quedarse integrado en la mentira misma. Hay, por lo tanto, que entender y aceptar el pasado". Con independencia de mi pésima escritura, el texto decía originalmente: "... hasta que el hijo consigue unir de nuevo a sus padres, aunque sea sólo de forma aparente y provisional, como demuestra el decorado donde ocurre la acción, un decorado operístico y mentiroso del que antes hablábamos, para comenzar, a partir de esa mentira asumida, una posible vida, quizá para quedarse integrado en la mentira misma. Hay, por lo tanto, que entender y aceptar en su momento.



El león se fue..., pero volverá.

Fin de fiesta

DIEGO GALAN

Ya tendrá el lector próximamente ocasión de enfrentarse a esta película extraordinaria y tendremos también oportunidad nosotros de volver sobre ella. No se agota una obra excepcional en un "télex" de urgencia.)

Es más probable, sin embargo, que esos teóricos premios (que no se habían dado a conocer en el momento en que abandonábamos Venecia) hubieran recaído en películas menores. Una de ellas, "Rata-

toplán", de Maurizio Nichetti (guionista, actor y director de ésta, su primera obra), atrajo la atención de los informadores hasta el punto de que sus proyecciones se vieron aumentadas por encima de lo previsto. "Ratatoplán" es sin duda una película graciosa y hecha con ingenio que recuerda mucho aquellos viejos títulos de Jacques Tati ("Las vacaciones de Mr. Hulot", sobre todo), con la "actualización" que los cómicos han debido hacer en el cine tras la importante irrupción de Jerry Lewis y Woody Allen. Desproporcionada fue la felicidad de los críticos ante ella, pero Venecia sirvió para comprobar una vez más que la reiteración de viejos planteamientos forma parte del mundo de valores de esos críticos y de muchos cineastas. En lugar de superar esa postura por la más difícil de la generosidad

para recibir nuevos estímulos e ideas, la repetición de lo sabido, la incapacidad para abrirse a nuevos campos y lenguajes, es lo común. Precisamente, una serie de películas que intentaban provocar una reacción nueva en el espectador (y volvemos inevitablemente a "La luna") se encontraron mediatizadas por la incompetencia de quienes servían de filtro entre la obra y la opinión pública. Los comentarios críticos a la película de Bertolucci publicados en el boletín oficial de la Mostra registraron términos como "estúpido" ("tonzo pazzesco", decía "Lotta continua"), entre otros adjetivos; aunque el riesgo de "cargarse" a primera vista una obra del autor de "El conformista" sea a todas luces precipitado.

Pero era ése el ambiente. Y cuando el festival organizó las mesas redondas en torno a "El cine de los años ochenta" (con intervenciones de, entre otros muchos, Antonioni, Losey, Francesco Rosi, Román Gubern...), se repetían conceptos arcaicos, literatura superada quizá sólo por su abusiva utilización casera. Con independencia del rigor intelectual de los ponentes, se oyeron una serie de teorías que nada sirven ya para entender el cine como una fuente de cambio y no como una repetición constante de ideas y sensaciones manidas. (Al menos, eso oí en las sesiones a las que pude asistir.) Parecía incluso sospechosa la insistencia de algunos ponentes (el fracasado Antonioni, por ejemplo) en la defensa —directa o indirecta— de un cine marginal. Diez años después de 1968, ya se sabe que el cine paralelo es un invento falso; por estar precisamente de acuerdo con esto, Antonioni intentó la experiencia americana, aunque sólo le haya servido para desvelar a



FESTIVAL DE VENECIA

puntos de vista de la generación que va a sustituirnos. Es, sin duda, un trabajo interesante y realizado en un medio de producción poco independiente.

muchos su falta de talento o su incapacidad para conectar con mundos distintos al de su inmediato medio ambiente. Nadie tiene la culpa de que Bertolucci haya tenido más éxito con "El último tango...", "Novecento" y (espero) "La luna" que Antonioni con "Zabriskie Point" y "El reportero". La recuperación del "cine marginal" en los mismos términos que antaño, por el simple hecho de que se hayan producido algunas innovaciones técnicas que permitan un rodaje más cómodo y eficaz, no son estímulos suficientes. El propio Godard trabaja ahora en la televisión francesa y ha presentado en Venecia una serie, "France tour detour des enfants", con inventiva en muchos momentos admirables (aunque también con la pedantería típica de este autor desde sus años "marginales"): una encuesta sobre la infancia va desvelando la alienación, las contradicciones y los nuevos

La "independencia" de Marguerite Duras, de quien se ha presentado en el festival una película interrumpida "porque no encontraba claro su planteamiento" ("Le navire 'night'"), es la "independencia" de quien se conforma con realizar películas que resultan exitosas a condición de que se proyecten en el espejo privado de la autora. Fuera de ese vanidoso aparato, y de algunos amigos incondicionales, poco tiene que ver ya Marguerite Duras con el cine "nuevo". De nadie es la culpa de que el término "nuevo" no se haya aplicado a un cine de hoy o de que no haya surgido un movimiento coherente y amplio como para que las revistas especializadas le dediquen números monográficos y alguien pueda adjudicarse la paternidad de la denominación. El mundo va más de prisa que los críticos, los cineastas fracasados y, por supuesto, los productores. Lo que era "nuevo" hace diez años no puede serlo ya. Mu-

cho más cuando aquella novedad estaba en muchos casos desprovista de sensibilidad y talento, condiciones que me siguen pareciendo imprescindibles a la hora de realizar una obra de expresión artística (término, por cierto, muy viejo y, sin embargo, indiscutible, aunque se le traduzca a palabras más actuales).

Lamento haber llegado demasiado tarde a Venecia, porque me interesaba (al menos personalmente) tener una opinión propia sobre "El prado", de los Taviani, y "Clair de femme", de Costa-Gavras (2). Dada la recepción a "La luna", no es de extrañar que los términos negativos con que también se juzgaron esas dos películas fueran tan injustos como los dirigidos a Bertolucci. No crea el lector que se trata de una obsesión mía lo de haber visto por todas partes alusiones contrarias a la obra de este genio del

(2) Tampoco tuve ocasión de asistir a la presentación de "Soldados", de Alfonso Ungria, que fue el largometraje español en la sección oficial. Según comentarios de algunos colegas, tampoco fue bien entendida por los increíbles críticos italianos. De "Soldados" tuvimos ocasión de ocuparnos en TRIUNFO con motivo de su estreno en Madrid.

cine. En la rueda de prensa de Gillo Pontecorvo (que había presentado "Ogro") se lanzaron alusiones directísimas a "La luna", incluso desde la misma mesa que presidía la conferencia. El pésimo operador Marcello Gatti, que había hecho en "Ogro" un trabajo menor, se atrevió a censurar la película de Bertolucci, cuando, al menos desde su trabajo profesional, no podía más que hablar admirativamente de la fotografía de Vittorio Storaro en "La luna" (y el lector recordará a Storaro por "El conformista", "La estrategia de la araña", "El último tango...", "Malizia"; dentro de poco podrá admirarlo de nuevo por "Apocalypse now" u "Orlando furioso"). Pero daba igual. Todo era bueno (es decir, todo tenía éxito) si se despotricaba contra don Bernardo. Y no era precisamente "Ogro" una película desde la que se pudiera combatir tan fácilmente un trabajo de la magnitud del de Bertolucci.

Dicen los que conocen "Ogro" en su versión española que el doblaje italiano hace que se pierdan muchos de sus matices e intenciones.

"Ratataplán", de Maurizio Nichetti.



"Operación Ogro", de Gillo Pontecorvo.





"La luna",
de Bernardo Bertolucci.

Sin embargo, lo que vimos en Venecia defraudó a quienes recordábamos al director Gillo Pontecorvo por su trabajo de "La batalla de Argel". Al enfrentarse al hecho histórico que costó la vida al almirante Carrero Blanco, Pontecorvo realiza un film ambiguo, donde un pequeño discurso final (naturalmente en boca de Gian Maria Volonté), que diferencia el terrorismo en la época de Franco del de esta actual etapa "democrática",

parece querer colocar en su sitio las intenciones de la película; pero precisamente la imagen o la estructura dramática han impedido que ese discurso se desprendiera lógicamente de la obra. Falta de información política para el espectador, no demasiado interesado en los matices evolutivos de la ETA, y tópica de cara a los espectadores extranjeros, "Ogro" tenía la torpeza de quienes respetan elementos epidémicos sin co-

ger el toro por los cuernos.

Esta es una opinión provisional y precipitada tras una primera visión. No sería justo que cuando en estas mismas líneas se destaca la ceguera de la crítica que no ha intentado entender "La luna", viniera yo a sentar cátedra sobre "el error de Pontecorvo". (Contradicción imperdonable. Este trabajo de la crítica tiene cada día menos sentido. Habrá que plantearse seriamente.) "Ogro" se verá en el

próximo Festival de San Sebastián y será curiosa la reacción del público, aunque, de antemano, habrá que tener en cuenta el lógico apasionamiento con que los espectadores donostiarras contemplarán la película, sobre todo en estos días. Tanto como si su reacción es a favor como en contra. "Ogro" se verá más pausadamente en sesiones comerciales y, con cierta perspectiva, tendremos ocasión de contemplarla de nuevo. Fue, sin embargo, una decepción (no sólo personal, aunque en mi caso, confieso de nuevo, mi incapacidad para ver más cine tras el "shock" privado que me produjo "La luna").

Y para no aburrir más al lector con nuevas referencias a la película de Bertolucci (por temor, entre otras cosas, de que se lance contra mí cuando tenga ocasión de verla), acabamos esta crónica final del Venecia 79. Un festival que ha intentado encontrar su identidad, que ha querido conformar a todos, que no ha dudado en acercarse a la fórmula oficial de lo "cultural" para diferenciarse de los demás, pero que, en orden a las películas vistas (y no cito ya nunca más a nadie), el resultado no ha sido inferior ni superior al de tantos otros festivales "de primera clase", donde también se dan cita películas abiertamente comerciales (aquí, hasta se proyectó "More American Graffiti") junto a obras de importancia indiscutible. No hay más que recordar que en el último Cannes, entre otras, vimos la última obra maestra de John Huston. Un festival más, en definitiva, con la ventaja de tener cerca esa espléndida ciudad de Venecia, que cada vez resulta más asombrosa. ■
D. G.